

ZOROBABEL RODRIGUEZ, REDACTOR PRINCIPAL

Suscripciones.

Table with subscription rates: Anual \$ 10 00, Semestral \$ 6 00, Trimestral \$ 4 00, Mensual \$ 1 00, Número suelto \$ 0 05.

OFICINA.

CALLE DE PRAT NÚM. 70.

LA UNION

J. RAMON GUTIERREZ M., JERENTE

AVISOS. A la cabeza de la cronica, linea 10 centavos diarios.

REMITIDOS.

Los de interes jeneral se publicaran gratuitamente; los demas, a precios convencionales.

Movimiento de vapores. JUNIO DE 1888.

Table of ship arrivals and departures for June 1888, including ship names, destinations, and dates.

Vapores para el Norte

Vapor AYACUCHO. En el capitan Cácer, saldrá para Panamá...

Vapor COLOMBIA.

En el capitan Weston, saldrá para Guayaquil con escala en Guayaquil, Puyo, Cuenca, Loja, Loja, Loja...

Vapor COQUIMBO.

En el capitan Hübner, saldrá para Coquimbo con escala en Coquimbo, Tromeo, Tromeo, Tromeo...

Vapores para el Sur

Vapor CHILOE.

En el capitan Cox, saldrá el 8 y 20 de cada mes con escala en Tomé, Talcahuano, Coronel, Los Vilos, Coquimbo, Tromeo, Pella Blanca, Hueso, Curral, Lota, Lota, Lota...

LA CHILENA

Compañía de Seguros

Marítimos y contra incendios. ESTABLECIDA EN EL AÑO 1868. CAPITAL AUTORIZADO \$ 4.000.000.

LA VALPARAISO

SOCIEDAD NACIONAL DE SEGUROS A PRIMA FIJA.

Capital suscrito \$ 2.000.000. Junta de administración para 1888. Presidente: don Carlos G. Valdovinoso.

LA AMERICANA

Compañía Nacional de Seguros.

ESTABLECIDA EN EL AÑO 1861. CAPITAL AUTORIZADO \$ 2.000.000. FONDO DE RESERVA \$ 300.000.

LA NACIONAL

Compañía de Seguros sobre la vida y contra incendios.

FUNDADA EN 1858. Capital suscrito \$ 2.000.000. Fondos acumulados \$ 355.000.

HARINA MARCA

"A. V. RIESCO SANTIAGO."

Registrado en abril 1.º de 1879. Único agente en Valparaiso SEGUNDO A. RIESCO.

Pasto apreadado

DE PANQUEHUE. GUILLERMO BROWN.

La Constancia.

Tabacos elaborados a vapor. Calle de Chacabuco, números 281 a 291, y Merced números 77 y 79.

Rogers y Ca. LA ESTRELLA BLANCA.

EL UNICO PREMIADO. Té Extra Superior. Casi no hay artículo entre todos los que se compran en el gran mercado del mundo...

Té Extra Superior

Es de la mas fina de la cosecha recolectada durante la primavera. Es de hoja grande y de delicada fragancia.

LA ESTRELLA BLANCA

Rogers y Ca.

VINOS

ERRAZURIZ-PAÑQUEHUE

ÚNICAS CLASES EN VENTA

Carbenet etiqueta blanca \$ 12 c. Id. 1883 " " " 10 " Vino corriente " oscura " 8 "

Y ademas el corcho marcado.

DIRIJIRSE: Al Administrador de la Hacienda Errazuriz-Pañquehue.

Sociedad Chilena de Fundiciones.

Compañía Sud-Americana de Vapores.

Vapores para el norte.

Vapor AMAZONAS.

capitan Mc Douglas, saldrá para Panamá el sábado 30 de junio.

Vapor MAIPO.

capitan Steward, saldrá para el Callao el miércoles 4 de julio.

Vapores para el sur.

Vapor CACHAPOAL.

capitan Chaves, saldrá para Coronel el viernes 5 de julio.

Vapor LAUTARO.

capitan Roberts, saldrá para Coleta Buena el miércoles 30 de junio.

Vapor LIMARI.

capitan Mayben, saldrá el 17 y 18 de cada mes con escala en Tomé, Talcahuano, Coronel, Los Vilos, Coquimbo, Tromeo, Pella Blanca, Hueso, Curral, Lota, Lota, Lota...

Compañía de Navegación por Vapor en el Pacifico.

Vapores para Europa

Salidas en día sabados.

Vapor SORATA.

capitan Bow, saldrá para Europa el sábado 23 de junio.

Linea de Vapores HAMBURG-PACIFIC.

Los vapores de primera clase

YERUDA, CORNELIA, HILANA, LAVINIA, TITANIA, CELIA, ROMA Y VALERIA.

Salidas para Europa

Los siguientes vapores saldrán para el HARRY y HAMBURG, con escala en Lota, Punta Arenas y Montevideo.

Compañía ALEMANA DE VAPORES KOSMOS.

Salidas para Europa

Los siguientes vapores saldrán para el HARRY y HAMBURG, con escala en Lota, Punta Arenas y Montevideo.

Compañía SEGUROS.

La Comercial.

Compañía Chilena de Seguros MARÍTIMOS Y DE INCENDIOS. Capital suscrito \$ 2.500.000.

La Pacifico

Compañía Chilena DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y RIESGOS MARÍTIMOS.

Capital suscrito \$ 10.000.000. Oficina en Valparaiso, calle Prat, número 84.

La Protectora

COMPANIA CHILENA DE SEGUROS.

Contra incendios y riesgos de mar, y personales de accidentes de ferrocarriles y vapores.

Compañía LA UNION CHILENA

COMPANIA DE SEGUROS. CONTRA INCENDIOS Y RIESGOS DE MAR.

La Union Chilena

Compañía Chilena DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y RIESGOS MARÍTIMOS.

Capital suscrito \$ 10.000.000. Oficina en Valparaiso, calle Prat, número 84.

La Pacifico

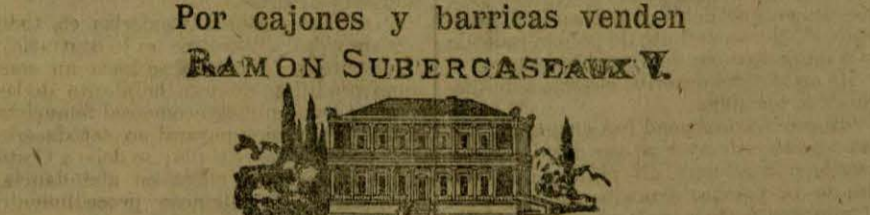
Compañía Chilena DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y RIESGOS MARÍTIMOS.

Capital suscrito \$ 10.000.000. Oficina en Valparaiso, calle Prat, número 84.

VINOS

Ramon Subercaseaux V.

Por cajones y barricas venden RAMON SUBERCASEAUX V.



La Protectora

COMPANIA CHILENA DE SEGUROS.

Contra incendios y riesgos de mar, y personales de accidentes de ferrocarriles y vapores.

Compañía LA UNION CHILENA

COMPANIA DE SEGUROS.

Contra incendios y riesgos de mar, y personales de accidentes de ferrocarriles y vapores.

La Union Chilena

Compañía Chilena DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y RIESGOS MARÍTIMOS.

Capital suscrito \$ 10.000.000. Oficina en Valparaiso, calle Prat, número 84.

La Pacifico

Compañía Chilena DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y RIESGOS MARÍTIMOS.

Capital suscrito \$ 10.000.000. Oficina en Valparaiso, calle Prat, número 84.

Telegrafo Nacional.

LINEA ESPECIAL entre Valparaiso y Santiago.

Esta acreditada linea ofrece al publico un servicio cómodo y rapido, contando con buen personal y equipo perfeccionado.

Francisco Bettancourt

EL UNICO TENERO DE LA MANTEQUILLA DE LA HACIENDA DE HOSPITAL DE LOS ANDES.

Acete de linaza

DEL PAIS. enteramente puro.

Agentes de la Union.

SANTIAGO.—Don Manuel Barros Barros, Huelmo, 37 A.

VINA DEL MAR.—Don José Acosta, CASABLANCA.—Don Ignacio Guirachi, CARIBU.—Don Froilan Carvajal, RANCOBADA DE LOS ANDES.—Doña Eloisa Diaz Garcia.

Y ademas el corcho marcado.

DIRIJIRSE: Al Administrador de la Hacienda Errazuriz-Pañquehue.

Sociedad Chilena de Fundiciones.

VENTAS POR MAYOR.

SEDERIAS NEGRAS Y DE COLORES.

LANAS, NOVEDAD PARA VESTIDO, PAÑOS, CHEVIOTS ASTRAKANES, FRANELAS DE FANTASIA, JÉNEROS NEGROS PARA VESTIDOS, JÉNEROS BLANCOS AMERICANOS.

FOLLETIN (7)

LA CASA DEL PANTANO

Novela inglesa POR FLORENCE WARDEN.

Se hallaba a pocos pasos de mi balcon, tras el cual la cortina me ocultaba completamente, cuando el señor Rayner la alcanzó por detras y le cogió el brazo. Ella no se volvió, ni dió ningun grito; pero se paró en seco, como si le hubiese faltado el aliento.

—¿Qué hacías entre los arbustos, Sara? dijo tranquilamente. Si quieres tomar el fresco en el jardín, debes limitarte a pasear por el césped o por los caminos, pues con abrigo pasar entre los árboles y pisar los cuadros, echas a perder las flores y te perjudicas a ti misma. Si no puedes recordar estas sencillas reglas, tendrás que buscar otra casa.

Entonces ella se volvió súbitamente. —¿Yo buscar otra casa? —Sí, tú; sentiría perder una sirvienta tan antigua, pero muchas veces no conviene conservar una criada de demasiado tiempo, especialmente cuando se pone vieja. Vamos, entra y ve a preparar el té. Oye, cuida de que el pan no esté demasiado tostado hoy también.

Pude ver que ella le miraba fijamente con sus grandes ojos negros, como tigre en acecho; pero no se atrevió a replicarle y entró, acobardada, en la casa. Esto no me replicó y entró, acobardada, en la casa. Esto no me sorprendió, pues el tono firme de mandato en que el señor Rayner pronunció las últimas palabras, insignificantes en sí, me inspiró cierto temor de él, en la convicción de que me hallaba enfrente de una voluntad irresistible.

ese obstáculo, hasta el punto de inventar un motivo plausible para dejar aquella casa, ¿podría irse?

—Mi padre había muerto; mi madre, que había quedado con escasos recursos, aceptó con gusto, al acordar que yo saliera a ganarme la vida, la proposición de que se ponesse al frente de la casa de un hermano, cuya mujer había fallecido hacía algunos años. No dudaba que mi tío me daría hospitalidad, hasta tanto que yo encontrara otro empleo; pero comprendía a la sazón, cuán poco desearían los servicios de una señorita, de diez y ocho años de edad, que prefería discípulas, ¡menores de doce años!

—¿Y qué recomendación la de haber abandonado mi primer empleo al cabo de un mes! Además ¿qué propósito podía dár? Si decía que la casa era húmeda, la gente diría que buscaba demasiadas comodidades. Y si daba como pretexto mis sospechas de que la madre de mi discípula estaba loca, me excluirían, para creerlo, pruebas mas evidentes que la de decir que ella hablaba mi poca, y que andaba sin hacer ruido. Por fin, si dijera que me había marchado de la casa porque me habían advertido de que el vivir en ella era peligroso, pensarían que yo era la loca. Además de todos esos inconvenientes que se oponían a mi marcha, había cierto inspeccionable atractivo para la imaginación de una jóven en esa misma atmósfera de vago misterio que envolvía al lugar, sin la cual hubiera sido monótona la vida en cualquier otra familia de la clase media inglesa. Decidí, pues, no hacer caso de advertencias infundadas, y quedarme donde, despues de todo, me hallaba muy bien. A la mañana siguiente estrené un lindo vestido de algodón azul, y cuando me pase delante del espejo observé que tenía mucho mejor semblante que cuando vivía en Londres. Mi palidez había desaparecido; coloreaba mis mejillas un tinte rosado, y mis ojos parecían mas grandes y expresivos que antes. Despues de contemplar con satisfacción, durante algunos momentos, mi mejorado aspecto, me alegré del vicio alcohólico de mi vanidad. ¡Qué diría mi madre si vierá una presuntuosa se estaba poniendo su hijo! Sin otra mirada al espejo, ni siquiera para ver si me había puesto bien el imperdible, bajé al comedor. El señor Rayner ya estaba allí; pero no había nadie mas. El dejó su periódico y me saludó con una sonrisa.

—Vamos al jardín, señorita Christie, hasta que se rene el resto de la familia, me dijo, y salí con él por el balcon.

El sol, aquella hora de la mañana, dejaba a cada lado de la casa en la sombra. Los pájaros que pibaban entre la yerba, removieron las tupidas hojas al emprender el vuelo, asustado por nuestros pasos; el rocío brillaba sobre la yerba, y las flores exhalaban suavísima fragancia.

—Que hermoso está esto, ¡verdaderamente! dijo el señor Rayner.

—¡Y qué recomendación la de haber abandonado mi primer empleo al cabo de un mes! Además ¿qué propósito podía dár? Si decía que la casa era húmeda, la gente diría que buscaba demasiadas comodidades. Y si daba como pretexto mis sospechas de que la madre de mi discípula estaba loca, me excluirían, para creerlo, pruebas mas evidentes que la de decir que ella hablaba mi poca, y que andaba sin hacer ruido. Por fin, si dijera que me había marchado de la casa porque me habían advertido de que el vivir en ella era peligroso, pensarían que yo era la loca. Además de todos esos inconvenientes que se oponían a mi marcha, había cierto inspeccionable atractivo para la imaginación de una jóven en esa misma atmósfera de vago misterio que envolvía al lugar, sin la cual hubiera sido monótona la vida en cualquier otra familia de la clase media inglesa. Decidí, pues, no hacer caso de advertencias infundadas, y quedarme donde, despues de todo, me hallaba muy bien. A la mañana siguiente estrené un lindo vestido de algodón azul, y cuando me pase delante del espejo observé que tenía mucho mejor semblante que cuando vivía en Londres. Mi palidez había desaparecido; coloreaba mis mejillas un tinte rosado, y mis ojos parecían mas grandes y expresivos que antes. Despues de contemplar con satisfacción, durante algunos momentos, mi mejorado aspecto, me alegré del vicio alcohólico de mi vanidad. ¡Qué diría mi madre si vierá una presuntuosa se estaba poniendo su hijo! Sin otra mirada al espejo, ni siquiera para ver si me había puesto bien el imperdible, bajé al comedor. El señor Rayner ya estaba allí; pero no había nadie mas. El dejó su periódico y me saludó con una sonrisa.

—¡Hermoso! ¡Si parece el Paraíso! Es decir... —Me detuve ruborizada y temerosa de que mi comparación le pareciese un sacrilegio.

—Pero él no hizo mas que reírse. Coji una flor, procurando recordar el aspecto de seriedad que consideré debía mantener, como el que mejor cuadraba a una institutriz. Cuando levanté los ojos, el señor Rayner aun me miraba y sonreía.

—¿Le gustan a usted las rosas? —Mucho, sí, señor. Creí poder hacer esa afirmación sin inoportunidad de dignidad.

—Sin embargo ¡no le parece a usted que la Beldad? fué mi tonta en escoger una simple rosa, cuando su padre le preguntó qué quería que le trajese! Siempre he creído que el alarde de humildad afecta cualquier carácter agradable en otros conceptos.

—Yo no sé.

—¡Pobre muchacha! —prosiguió él.—¿Cuán duro fué su castigo! Si yo me hubiese casado con el príncipe, no creo que hubiera podido olvidar jamás que él había sido una bestia, y hubiera vivido en el constante temor de que mi marido sufriera nueva metamorfosis y volviese a su primitivo estado. Aunque el verdadero cuento nos dio origen de nunca dejó de ser bestia; pero que regaló a ella tantas brillantes y le hizo tantas hermosas ofrendas, que la bestia se volvió en una mujer locuz y animada como cualquier otro, pero fué como si una estatua de piedra se hubiese transformado en una de carne, que sentía la vida en sus venas y tenía conciencia de lo que pasaba a su alrededor. Este cambio había destruido en ella su fúndamento; se había vuelto nerviosa. Era lugar de estar siempre impasible, se sobresaltaba a cualquier ruido; y su cara, siempre pálida, se coloreaba rápidamente al oír cerrar alguna puerta lejana, o al aparecer la luz en el corredor. Este cambio lo atribuí a la ausencia de su marido; pero no podía decir si esa ausencia era para ella motivo de alegría o pesar; ni aun si su cambio obedecía a sentimientos relativamente tan fuertes como esos.

Al segundo día de la ausencia del señor Rayner, Sara entró en el cuarto de estudios y me anunció que un caballero me esperaba en la sala. En ella encontré al jóven señor Rend.

—¿No venía a hablar de un asunto con el señor Rayner? pero como me dicen que está ausente, me permito molestara a usted, señorita, con un encargo para él. —Yo nada entiendo de negocios; especialmente de los del señor Rayner, contesté, dudando que fuera propio me encargase de ningún asunto del jefe de la casa. Tal vez la señora Rayner...

—Oh, no; no puedo molestarla por cosa tan insignificante, puesto que está delicada de salud. Se trata simplemente de que dos muchachos del pueblo quieren abrir-cuenta en la Caja de Ahorros, y yo me he ofrecido a traer el dinero.

Registró sus bolsillos y sacó un penique. —Debo de haber perdido el otro, añadió con gravedad. ¿Puede usted darme cambio por una pieza de tres peniques?

Le dejé y volví con dos medios peniques. Había olvidado los nombres de los muchachos y tardó un buen rato en recordarlos. Entonces hice anotación formal de nombres y cantidades. El señor Rend examinó mi trabajo y me lo hizo volver en forma mas comercial. Luego él atendió la fecha; escribió de nuevo uno de los apellidos, en cuya ortografía me había equivocado; aliso el papel con el secante, y lo dobló, empleando en todas estas operaciones mucho mas tiempo del que creí necesario.

—¿No venía a hablar de un asunto con el señor Rayner? pero como me dicen que está ausente, me permito molestara a usted, señorita, con un encargo para él. —Yo nada entiendo de negocios; especialmente de los del señor Rayner, contesté, dudando que fuera propio me encargase de ningún asunto del jefe de la casa. Tal vez la señora Rayner...

—Oh, no; no puedo molestarla por cosa tan insignificante, puesto que está delicada de salud. Se trata simplemente de que dos muchachos del pueblo quieren abrir-cuenta en la Caja de Ahorros, y yo me he ofrecido a traer el dinero.

Registró sus bolsillos y sacó un penique. —Debo de haber perdido el otro, añadió con gravedad. ¿Puede usted darme cambio por una pieza de tres peniques?

Le dejé y volví con dos medios peniques. Había olvidado los nombres de los muchachos y tardó un buen rato en recordarlos. Entonces hice anotación formal de nombres y cantidades. El señor Rend examinó mi trabajo y me lo hizo volver en forma mas comercial. Luego él atendió la fecha; escribió de nuevo uno de los apellidos, en cuya ortografía me había equivocado; aliso el papel con el secante, y lo dobló, empleando en todas estas operaciones mucho mas tiempo del que creí necesario.

—¿No venía a hablar de un asunto con el señor Rayner? pero como me dicen que está ausente, me permito molestara a usted, señorita, con un encargo para él. —Yo nada entiendo de negocios; especialmente de los del señor Rayner, contesté, dudando que fuera propio me encargase de ningún asunto del jefe de la casa. Tal vez la señora Rayner...

—Oh, no; no puedo molestarla por cosa tan insignificante, puesto que está delicada de salud. Se trata simplemente de que dos muchachos del pueblo quieren abrir-cuenta en la Caja de Ahorros, y yo me he ofrecido a traer el dinero.

Registró sus bolsillos y sacó un penique. —Debo de haber perdido el otro, añadió con gravedad. ¿Puede usted darme cambio por una pieza de tres peniques?

Le dejé y volví con dos medios peniques. Había olvidado los nombres de los muchachos y tardó un buen rato en recordarlos. Entonces hice anotación formal de nombres y cantidades. El señor Rend examinó mi trabajo y me lo hizo volver en forma mas comercial. Luego él atendió la fecha; escribió de nuevo uno de los apellidos, en cuya ortografía me había equivocado; aliso el papel con el secante, y lo dobló, empleando en todas estas operaciones mucho mas tiempo del que creí necesario.

—¿No venía a hablar de un asunto con el señor Rayner? pero como me dicen que está ausente, me permito molestara a usted, señorita, con un encargo para él. —Yo nada entiendo de negocios; especialmente de los del señor Rayner, contesté, dudando que fuera propio me encargase de ningún asunto del jefe de la casa. Tal vez la señora Rayner...

—Oh, no; no puedo molestarla por cosa tan insignificante, puesto que está delicada de salud. Se trata simplemente de que dos muchachos del pueblo quieren abrir-cuenta en la Caja de Ahorros, y yo me he ofrecido a traer el dinero.

Registró sus bolsillos y sacó un penique. —Debo de haber perdido el otro, añadió con gravedad. ¿Puede usted darme cambio por una pieza de tres peniques?

Le dejé y volví con dos medios peniques. Había olvidado los nombres de los muchachos y tardó un buen rato en recordarlos. Entonces hice anotación formal de nombres y cantidades. El señor Rend examinó mi trabajo y me lo hizo volver en forma mas comercial. Luego él atendió la fecha; escribió de nuevo uno de los apellidos, en cuya ortografía me había equivocado; aliso el papel con el secante, y lo dobló, empleando en todas estas operaciones mucho mas tiempo del que creí necesario.

—¿No venía a hablar de un asunto con el señor Rayner? pero como me dicen que está ausente, me permito molestara a usted, señorita, con un encargo para él. —Yo nada entiendo de negocios; especialmente de los del señor Rayner, contesté, dudando que fuera propio me encargase de ningún asunto del jefe de la casa. Tal vez la señora Rayner...

—Oh, no; no puedo molestarla por cosa tan insignificante, puesto que está delicada de salud. Se trata simplemente de que dos muchachos del pueblo quieren abrir-cuenta en la Caja de Ahorros, y yo me he ofrecido a traer el dinero.

Registró sus bolsillos y sacó un penique. —Debo de haber perdido el otro, añadió con gravedad. ¿Puede usted darme cambio por una pieza de tres peniques?

Le dejé y volví con dos medios peniques. Había olvidado los nombres de los muchachos y tardó un buen rato en recordarlos. Entonces hice anotación formal de nombres y cantidades. El señor Rend examinó mi trabajo y me lo hizo volver en forma mas comercial. Luego él atendió la fecha; escribió de nuevo uno de los apellidos, en cuya ortografía me había equivocado; aliso el papel con el secante, y lo dobló, empleando en todas estas operaciones mucho mas tiempo del que creí necesario.

—¿No venía a hablar de un asunto con el señor Rayner? pero como me dicen que está ausente, me permito molestara a usted, señorita, con un encargo para él. —Yo nada entiendo de negocios; especialmente de los del señor Rayner, contesté, dudando que fuera propio me encargase de ningún asunto del jefe de la casa. Tal vez la señora Rayner...

—Oh, no; no puedo molestarla por cosa tan insignificante, puesto que está delicada de salud. Se trata simplemente de que dos muchachos del pueblo quieren abrir-cuenta en la Caja de Ahorros, y yo me he ofrecido a traer el dinero.

Registró sus bolsillos y sacó un penique. —Debo de haber perdido el otro, añadió con gravedad. ¿Puede usted darme cambio por una pieza de tres peniques?

Le dejé y volví con dos medios peniques. Había olvidado los nombres de los muchachos y tardó un buen rato en recordarlos. Entonces hice anotación formal de nombres y cantidades. El señor Rend examinó mi trabajo y me lo hizo volver en forma mas comercial. Luego él atendió la fecha; escribió de nuevo uno de los apellidos, en cuya ortografía me había equivocado; aliso el papel con el secante, y lo dobló, empleando en todas estas operaciones mucho mas tiempo del que creí necesario.

—¿No venía a hablar de un asunto con el señor Rayner? pero como me dicen que está ausente, me permito molestara a usted, señorita, con un encargo para él. —Yo nada entiendo de negocios; especialmente de los del señor Rayner, contesté, dudando que fuera propio me encargase de ningún asunto del jefe de la casa. Tal vez la señora Rayner...

—Oh, no; no puedo molestarla por cosa tan insignificante, puesto que está delicada de salud. Se trata simplemente de que dos muchachos del pueblo quieren abrir-cuenta en la Caja de Ahorros, y yo me he ofrecido a traer el dinero.

Registró sus bolsillos y sacó un penique. —Debo de haber perdido el otro, añadió con gravedad. ¿Puede usted darme cambio por una pieza de tres peniques?

Le dejé y volví con dos medios peniques. Había olvidado los nombres de los muchachos y tardó un buen rato en recordarlos. Entonces hice anotación formal de nombres y cantidades. El señor Rend examinó mi trabajo y me lo hizo volver en forma mas comercial. Luego él atendió la fecha; escribió de nuevo uno de los apellidos, en cuya ortografía me había equivocado; aliso el papel con el secante, y lo dobló, empleando en todas estas operaciones mucho mas tiempo del que creí necesario.

—¿No venía a hablar de un asunto con el señor Rayner? pero como me dicen que está ausente, me permito molestara a usted, señorita, con un encargo para él. —Yo nada entiendo de negocios; especialmente de los del señor Rayner, contesté, dudando que fuera propio me encargase de ningún asunto del jefe de la casa. Tal vez la señora Rayner...

—Oh, no; no puedo molestarla por cosa tan insignificante, puesto que está delicada de salud. Se trata simplemente de que dos muchachos del pueblo quieren abrir-cuenta en la Caja de Ahorros, y yo me he ofrecido a traer el dinero.